



CURIA GENERALIZIA DELLA COMPAGNIA DI GESÙ

Mensaje a los Jesuitas en Haití

¡Buenos días! Bonjour à tous.

Como Superior General de la Compañía de Jesús, me da mucho gusto saludarlos a Ustedes, los jesuitas en Haití. Con gusto me dirijo a los ocho nuevos novicios y a sus compañeros de segundo año; a los que están en las distintas etapas de formación; a las comunidades apostólicas, a los laicos y laicas que comparten la misión. Un recuerdo especial a los veteranos y beneméritos compañeros André Charbonneau, Mathurin Charlot, Godefroy Midy, y Claude Souffront.

Desde mi sangre venezolana y caribeña me siento bien cercano al pueblo haitiano.

Hace unos días escribí una carta al Padre Jean Denis que será compartida con todos ustedes. En ella me referí a la posibilidad de experimentar la gracia del Señor trabajando en el pueblo de Haití, incluso en tiempos difíciles, y de cómo los jesuitas comprometidos apostólicamente en Haití participan del impulso del Espíritu.

Con gratitud al Señor, veo cómo la Compañía se consolida como cuerpo apostólico en Haití. Ustedes dan testimonio cada vez más claro y coherente de una vida consagrada al Señor y entregada a los demás. Una vida generosa, de trabajo constante, compartida, contemplativa, y cercana a los pobres. Crece la capacidad institucional, la profundidad espiritual e intelectual, la responsabilidad y la transparencia. Crece su capacidad de hacer discernimiento en común, de buscar y hallar la voluntad de Dios, de re-imaginar la presencia de la Compañía en Haití, de formular grandes orientaciones para los próximos años que responden desde el carisma de la Compañía y sus Preferencias Apostólicas Universales, a las esperanzas más profundas del pueblo haitiano y a las necesidades de la Iglesia.

Llenos de gratitud al Señor por tanto bien recibido, quisiera reflexionar con ustedes acerca de lo que significa formar **un solo cuerpo apostólico**.

Somos apóstoles. Ciertamente porque estamos presentes en muchas obras: Fe y Alegría, el Servicio Jesuita a los Migrantes, la Parroquia de Ouanaminthe, el CERFAS y PAREDA, l'École Saint-Ignace, el Centro de Espiritualidad Pierre-Favre, en l'Université Notre-Dame, y en tantas otras iniciativas apostólicas que ustedes promuevan.



Mensaje a los Jesuitas en Haití, p.2

No somos apóstoles por el sencillo hecho de trabajar mucho. Somos apóstoles porque respondemos a la llamada a compartir la vida y la misión de Jesús. Él nos llama, nos hace sus compañeros y nos envía. ¿A qué nos envía? Lo vamos descubriendo por medio del discernimiento en común, confirmado por la Iglesia y en un modo particular por el Papa Francisco.

En estos años la Compañía en todo el mundo discierne a la luz de las preferencias apostólicas universales. Leemos la realidad de nuestros pueblos desde la perspectiva de quienes quieren caminar con los pobres, acompañar a los jóvenes, colaborar con el cuidado de la casa común y así caminar juntos, mostrando el camino hacia Dios.

El Papa Francisco insiste en que la primera de estas preferencias, mostrar el camino hacia Dios mediante los Ejercicios Espirituales y el discernimiento, es el fundamento de todo lo demás, de nuestra entera vida-misión. En la carta de confirmación de las PAU, el Santo Padre lo expresó así, “sin esta actitud orante lo otro no funciona.” A través de esta actitud orante vamos transformando las preferencias en prioridades apostólicas concretas elegidas según las necesidades y posibilidades de personas, lugares, y tiempos. Agradezco los pasos que ustedes han dado en este sentido al discernir las “orientaciones generales” para la vida-misión de la Compañía en Haití.

Somos apóstoles como miembros de un cuerpo apostólico. Volvamos nuestra mirada por un momento a la *deliberación* de los primeros compañeros en Roma en 1539. Encontramos allí un grupo formado por personas diversas en edad, países de origen y cultura. Los unía compartir una vocación que los hacía totalmente disponibles a ser enviados por el Papa a otros países y culturas. Allí donde el bien mayor de la Iglesia los necesitara. Deliberaban en ese momento sobre si, manteniendo esa disponibilidad radical, sería conveniente permanecer vinculados en un solo cuerpo. Rápidamente concluyeron que sí. Como el Señor los había congregado “de tan diversas regiones y costumbres,” ellos no deberían romper esa unidad sino, por el contrario, poner los medios para fortalecer el cuerpo día tras día.

Nosotros nos hacemos miembros de un mismo cuerpo para trabajar juntos. Es normal que un jesuita sea fuerte, capaz, creativo, emprendedor. Son rasgos que ayudan a la misión del cuerpo. La vocación a la Compañía es a integrarse en un cuerpo articulado a través de la obediencia para responder por la misión común que da vida al cuerpo y a sus miembros. Contrarrestamos la tentación al individualismo a través de la libertad interior que nos hace *indiferentes*, disponibles a recibir la misión en lugar de decidirla individualmente, cada uno por su cuenta. Recibimos la misión personal



Mensaje a los Jesuitas en Haití, p.3

como la mejor forma de colaborar a la misión del cuerpo. La obediencia nos une a la comunidad jesuita y a otras personas como colaboradores de la misión encargada por el Señor a su Iglesia. Al vivir, trabajar y soñar juntos como compañeros podemos también ser signo profético y testimonio evangélico.

Somos un solo cuerpo apostólico. Uno solo. Un cuerpo universal. Ya he mencionado una frase que aparece repetidamente en las Constituciones: las decisiones se deben tomar de acuerdo a las personas, lugares, y tiempos. Agradezco de todo corazón al Señor la capacidad de los jesuitas en Haití de leer la realidad nacional, de analizar con profundidad las estructuras sociales, políticas, ecológicas y religiosas que forman el contexto de su vida-misión. Los jesuitas vivimos con los pies en la tierra, encarnados en un lugar real, específico, particular.

Al mismo tiempo, somos un cuerpo con lazos que nos unen unos a otros en casi todo el mundo, con esa amplitud de horizonte apostólico que ha caracterizado a la Compañía siempre. La Congregación General 36ª ha señalado la colaboración y el trabajo en red, junto con el discernimiento y la planificación apostólica, como dimensiones fundamentales de nuestro modo de proceder. Cada unidad apostólica de la Compañía está acompañada por otras unidades del cuerpo y acompaña a otras partes de ese cuerpo.

Me alegra mucho que Canadá y en particular su provincial, Erik Oland, acompañen tan de cerca todos los procesos apostólicos en Haití. Apoyo también los esfuerzos de otras provincias de Norte y Sud América y sus Conferencias de Superiores Mayores para acompañar a Haití. Al mismo tiempo pido a los jesuitas de Haití generosidad en el acompañar otras unidades de la Compañía, en particular a las presentes en otras naciones del Caribe.

Es hora de superar las divisiones que a veces se remontan hasta los primeros años de encuentro con los poderes europeos. La invitación a reestructurar el cuerpo apostólico de la Compañía es una oportunidad de ponerle carne a nuestro deseo de mostrar no solo en palabras sino con obras que la solidaridad entre los pueblos es posible.

Vivimos tiempos complejos. A la incertidumbre del cambio de época histórica se ha unida la inesperada pandemia del COVID-19 que ha hecho más evidente que nunca la violencia estructural, la debilidad de los sistemas de salud pública, la corrupción, los obstáculos a la auténtica democracia política, la distorsión de los modelos económicos, la fragilidad de muchas comunidades y sus culturas...*x*



Mensaje a los Jesuitas en Haití, p.4

Al mismo tiempo aparecen señales claras de la gracia de Dios y de la actuación del Espíritu Santo en la historia. Una dimensión constitutiva de la misión de la Compañía es ayudar al pueblo haitiano a discernir dónde y cómo está trabajando entre ellos el

Espíritu de Dios. Nos toca ser ministros de la reconciliación y, sobre todo en este momento, ministros de la esperanza.

Me he alargado mucho en este saludo fraterno. No puedo sin embargo terminar sin dar nuevamente gracias al Señor por tanto bien recibido y pidiéndole la gracia de seguir creciendo como un solo cuerpo apostólico animado por un grande deseo de amar y servir.

Deseo de todo corazón que se sientan muy acompañados por Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que se dejen guiar por ella para que los lleve a ser mejores compañeros de Jesús.

Papá Dios los bendiga abundantemente.

Arturo Sosa, S.J.
Superior General
29 agosto 2020